

Cantabria como espacio vivido. Mi geografía espacio-temporal

Juan Iglesias Alonso

Resumen

Con calma, sin prisas, Juan Iglesias vuelve a aquellos lugares donde desarrolló su vida profesional como maestro a lo largo de la geografía de Cantabria. Los entornos están muy cambiados, pero la mayoría de los edificios siguen cumpliendo su función de ser escuelas.

La afición que el autor siempre tuvo por la fotografía nos permite comparar visualmente el entonces y el ahora de muchos de ellos.

Siguiendo el modelo espacio-temporal de la Geografía del Tiempo de Torsten Hägerstrand, en el escrito las reflexiones del viajero no buscan solo cosas, sino también personas con las que compartió ese pasado.

Palabras clave: Geografía del Tiempo, Torsten Hägerstrand, modelo espacio-temporal, Cantabria, escuelas

Abstract

Calmly, without hurries, Juan Iglesias returns to those places where he developed his professional life as teacher along the geography of Cantabria. The environments are very changed, but most of the buildings continue fulfilling their function to be schools.

The interest that the author always had for the photography, allows us to compare visually the past and the present of many of them.

Following the time-space model of The Geography of the Time by Torsten Hägerstrand, in the writing, the reflections of the traveller do not look only for things, but also for people with who he shared this past.

Key words: The Geography of the Time, Torsten Hägerstrand, time-space model, Cantabria, schools.

He vuelto, tenía que volver, siempre me gustó viajar y vaya si he viajado. Mi vida personal, familiar y profesional ha sido un continuo cambio, de escuela en escuela, de vivienda en vivienda por las tierras de Cantabria. He sido un maestro vocacional, realicé mi trabajo con dedicación e interés. Manifiesto mi preferencia por el mundo rural, sobre todo las pequeñas escuelas unitarias, gran parte de ellas hoy en día ya sin función propiamente escolar.

Puedo decir que mi experiencia ha sido única y me temo que ya irrepetible. El por qué volver a los lugares donde fui feliz no tiene más explicación que el gusto por viajar, el espíritu de descubrimiento del territorio, conocer los cambios producidos con el paso del tiempo, afianzar mi geografía espacio-temporal y revivir mi pequeña historia personal.

Volver a un espacio interiorizado, percibido, vivido, mi espacio individual, subjetivo. Además, he comprobado que, a pesar de los años transcurridos, un elemento fundamental de estos territorios a los que vuelvo, las personas que pude encontrar, todavía me recuerdan con cariño y yo también a ellas.

Tuve la suerte de sacar las oposiciones en el año 1979, a tiempo...

A partir de aquí, comienza otra historia, son catorce localidades, varias viviendas distintas, miles de kilómetros por las carreteras de Cantabria -aclarando que las comunicaciones no eran, ni mucho menos, como ahora-, cientos de alumnos, compañeros, familias... Horas y horas de formación en diversos organismos: ICE, CEP, UIMP, Universidad de Cantabria... Un gran esfuerzo personal y familiar... todo por y para la escuela pública. Estoy seguro de que mereció la pena.

En aquellos tiempos, los maestros con oposición hacíamos la labor de interinos, aunque técnicamente éramos propietarios provisionales. Tardaron algunos años en darnos destino definitivo porque hubo una reivindicación, de las promociones anteriores, para que los maestros de Cantabria se quedaran en Cantabria si así lo deseaban. Por lo tanto, hubo que recorrer la geografía regional.

Este es el relato de los diferentes destinos que tuve la oportunidad de conocer. No es una sucesión cronológica, sino que iré saltando de uno a otro por la razón que se entenderá. Estos viajes tuvieron lugar entre el invierno y la primavera de 2018.

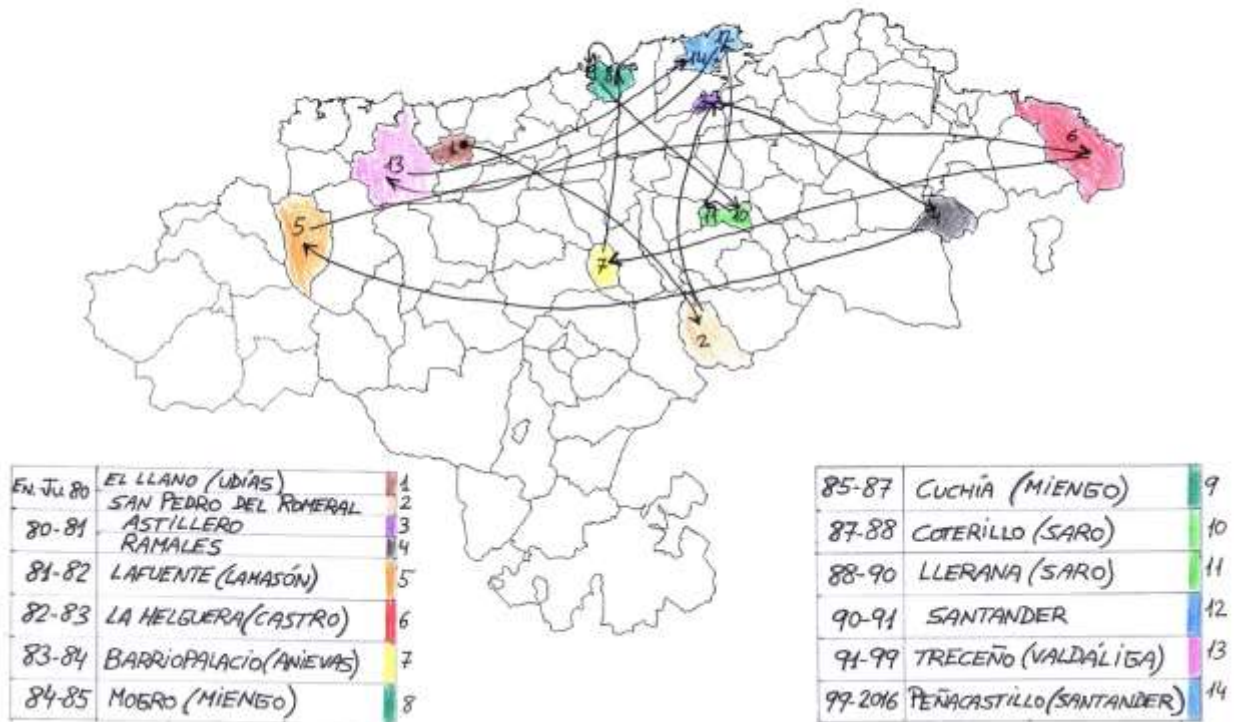


Foto 1: Mi geografía espacio-temporal

Viajo a menudo a Castro Urdiales. Cuando volví, recientemente, a Helguera, me llevé una tremenda decepción. La inmensa presión urbanística, las construcciones anodinas, sin plan de ordenamiento, han convertido una zona rural en un lugar sin identidad. Y, para mí, lo peor es que la escuela ha desaparecido..., solo queda la huella en el lugar donde estuvo. Me he interesado por saber lo que ocurrió. Me dirigí primero a la Consejería de Educación para intentar que me dijeran cuándo se desafectó el edificio. Allí no lo sabían, no lo encontraron en los archivos. Luego fui al Ayuntamiento de Castro Urdiales, al archivo municipal, y una amable funcionaria me comentó que hacia 2001 o 2002 constaba y que en el 2005 era ya solar. Al parecer, se produjo un incendio y... desapareció.

Me destinaron a Castro Urdiales en el curso 82-83. Este municipio de la costa oriental de Cantabria limita con la provincia de Vizcaya. Esta circunstancia es crucial para entender la transformación del municipio. Muchas personas de la provincia vecina fijaron su residencia en Castro. La presión demográfica desató un auge desmesurado de la construcción, con todos los problemas que ello implica.

Cuando fui a Castro, tenía menos de la mitad de la población actual. Había mucha más gente de la zona y la vida era sencilla, como en cualquier pueblo. Mi escuela, unitaria, estaba en uno de los barrios del municipio, Helguera (Sámano). Era un edificio escolar sencillo, humilde, de una sola planta, con un aula, servicio y una pequeña habitación. No tenía vivienda; por lo tanto, tuve que alquilar un piso en Castro. Me desplazaba diariamente dos veces, mañana y tarde, pero estaba cerca y había poco tráfico. Al contemplar las fotos, recuerdo a mis doce alumnos. Las actividades, paseos por la zona, excursión a Bilbao: era la época de la educación para el consumo, y fuimos a la Feria de Muestras... Recuerdo también alguna chocolatada y, algo poco frecuente, que monté en el cuartuco mi laboratorio fotográfico y vieron los alumnos cómo aparecían las fotos. Esas experiencias quedan en la memoria.





Fotos 2 y 3: La escuela de Helguera (Sámano, Castro Urdiales) en 1983 y su “huella” apenas perceptible en la actualidad

El martes trece de marzo decidí hacer una excursión a la cueva de El Soplo. Cuando fui a comprar la entrada, me saludó una sonriente joven. Resultó ser una antigua alumna del colegio comarcal de Treceño. Me llevé una gran alegría, recordamos anécdotas y revivimos historias.

El colegio de Treceño fue mi primer destino definitivo. Llegué en el curso 91-92 y estuve ocho años. Vivimos durante algún tiempo en una casa para maestros. La primera impresión que me dio el colegio, al verlo, es que era muy gris, literalmente.

Creo que mi trabajo allí, junto a mis compañeras de Infantil y de Ciclo, fue muy interesante. Contribuimos a darle un aire de modernidad. Coordinábamos, hacíamos excursiones, actividades en común... Fueron buenos años. En esta época de Treceño, aparte del trabajo diario, debo destacar un curso muy importante que tuve la oportunidad de realizar: “Curso de especialización en lengua extranjera (Inglés) para maestros y maestras” impartido en la Universidad de Cantabria. Realicé la fase de prácticas en Treceño y, junto con mis compañeras tutoras, preparamos el Proyecto “Teddy” para la incorporación del Inglés en Infantil y Primer Ciclo. También en esa época tuve la oportunidad de realizar la acreditación para cargos directivos, ya que había desempeñado esas funciones en las escuelas.

Volví a Treceño esta primavera de 2018 y vi a mi antigua compañera de Infantil; todavía no se ha jubilado y ahora es jefa de Estudios. Estuvimos un rato charlando y le comenté el gran cambio experimentado en el cole. Ahora es sencillamente luminoso, el entorno está muy arreglado y se ve buen ambiente. Pero me satisface que el cambio a la modernidad lo iniciásemos allá por los años noventa.



Fotos 4 y 5: El colegio de Treceño en 1992 y en hoy en día

El mismo día de mi retorno a Treceño volví también a mi primer destino provisional, de enero del 80. Era la escuela de El Llano, en el municipio de Udías, entre Cabezón de la Sal y Comillas. Allí tuve mi primer contacto con la escuela, mis primeros compañeros. Corto tiempo, pero fructífero. He visto el antiguo edificio escolar con un cierto abandono. Han construido un nuevo colegio en El Llano. La zona ha cambiado bastante por el auge de la construcción, pero sigue con su ambiente rural. Qué estupendos paseos por el monte Corona.

Me gusta mucho visitar las cuevas de Cantabria. Hacía años que no volvía a las muy conocidas de Ramales. El jueves 15 de marzo de 2018 visité la cueva de Covalanas. Allí, hablando con el guía, ya que era el primer y único visitante de la mañana, le dije que había estado de maestro en el Colegio Príncipe de Asturias. El hombre era bastante joven, pero me indicó que su compañera en la cueva de Cullalvera quizá hubiera estado en ese colegio por aquella época. Efectivamente, hablé con ella y me recordó. No había estado en mi grupo, sino en el otro 4º.

Rápidamente, lo comunicó a todos a través de las nuevas tecnologías... Y pude hablar con alguna alumna. Fue muy emotivo. Además, me comprometí a pasarles las fotos que les hice en aquella época. Un aliciente para mí; digitalicé las diapositivas y se las envié.

Estuve en el colegio de Ramales durante el curso 80-81. Tenía horas de apoyo a la directora y también impartía mis clases a un grupo de 4º.

Las comunicaciones no eran como hoy en día. A mí me gustan los pueblos y decidí quedarme a vivir allí. Solicité una vivienda en el centro, que por aquella época no la ocupaba el conserje. Me la concedieron y estuve muy tranquilo, cómodo, feliz. Lo único que nos alteró la vida fue el golpe de estado del 23-F. Lo viví con mis compañeros con cierta preocupación. Afortunadamente, a lo largo de la mañana siguiente todo se fue terminando.

Hoy el colegio ha crecido bastante. También tienen Educación Secundaria y pabellón polideportivo. En cuanto al pueblo, han construido en exceso y de manera desordenada. El paisaje de los alrededores sigue siendo excepcional. ¡Qué paseos hacia Covalanas, o cerca del Asón o hacia Soba! ¡Maravilloso el pico San Vicente!



Fotos 6 y 7: El colegio de Ramales en 1981 y en 2018

El 28 de marzo me di una vuelta por Mogro (Miengo). Hacía tiempo que no pasaba por Mogro pueblo. Decepción tremenda. Construcción excesiva, urbanismo muy mejorable, viviendas sin estilo, en general con poco gusto y un centro comercial sin uso, sensación de abandono... Estuve

hablando con el padre de una alumna. Sí me recordaba y juntos comentamos aquel año en el que viví allí. Residen en una casa cercana. Recordaba esa vivienda tradicional. Hoy está muy arreglada, preciosa, contrasta con la mayoría de los alrededores carentes de estilo y con diseño discutible, muy diferente a la arquitectura tradicional cántabra. La zona de la playa también ha sufrido una presión urbanística excesiva. El paisaje que se divisa enfrente es maravilloso, Liencres y la desembocadura del Pas.

Estuve en Mogro durante el curso 84-85. Era una zona rural, con mucho campo. Vivíamos en las casas de los maestros, hoy ya desaparecidas. Recuerdo que eran unos veinte alumnos de Educación Infantil y Primer Ciclo de Primaria. Afortunadamente, la escuela permanece y continúa en funcionamiento. Hoy en día se puede considerar un lujo tener una escuela en el pueblo.





Fotos 8 y 9: La escuela de Mogro en 1985 y en la actualidad

Los dos cursos siguientes estuve destinado en Cuchía (Miengo). Allí residimos en una casa de maestros en el pueblo Cudón. El colegio está situado en una zona cercana a la playa, pero también a una cantera, que por aquel entonces funcionaba. El entorno estaba bastante degradado.

Recuerdo que tuve alumnos de cinco años el primer curso y alumnos de cuatro y cinco el segundo curso. Una experiencia más...

No suelo ir por esa zona, pero cuando volví a Cuchía me llevé una agradable sorpresa. La zona que yo conocí degradada ha sido regenerada extraordinariamente por el trabajo humano. El colegio tiene buenas instalaciones, el entorno está muy bien recuperado, con grandes espacios para pasear y una playa muy accesible.



Fotos 10 y 11: El colegio de Cuchía en 1987 y ahora

Volví a Lafuente (Lamasón) el viernes 30 de marzo. El paisaje, espectacular, las carreteras muy bien arregladas. Fui convencido de que me encontraría alguna persona conocida, por lo que llevaba mi álbum de fotos para mostrar. Tengo especial cariño a este pueblo. Había estado visitando Lafuente años antes. Siempre tuve la ilusión de ir destinado a un sitio así. Un pueblo con dos barrios, con su iglesia románica, rodeado de montañas... En esencia, el pueblo no ha cambiado mucho, las casas están bien arregladas, la transformación fundamental son los caminos interiores, que están perfectamente adecentados, ahora ya no hay barro. Fue una gran emoción para mí llegar a la escuela, que también había sido mi casa. Ahora está muy arreglada y convertida en albergue de peregrinos del Camino Lebaniego. Tuve la oportunidad de hablar con uno de los pocos artesanos de albarcas. Más tarde, en la plaza, reconocí a una mujer que resultó ser una antigua alumna. Nos saludamos, hablamos, recordamos, le mostré las fotos. Fue un acontecimiento; poco a poco llegaron otros vecinos. Uno de ellos, otro antiguo alumno, se quedó en el pueblo a vivir. De siete alumnos, pude ver a dos y tener noticias de los demás.

Estuve destinado en Lafuente durante el curso 81-82. Es un pequeño pueblo de Lamasón a unos noventa kilómetros de Santander. La escuela, unitaria, solo tenía siete alumnos. Al vivir en la casa del maestro, pude formar parte de la pequeña comunidad. La vivienda estaba en buen estado, con una buena cocina. No tenía televisión. Mi contacto con el mundo era la radio. Hoy en día hay muy poca gente, pero mantienen el pueblo, como he dicho, bastante bien arreglado. Ha mejorado mucho. La vida durante ese año fue muy agradable y sencilla, tanto en la escuela como recorriendo los alrededores.



Fotos 12 y 13: La escuela de Lafuente (Lamasón) en 1982 y en la actualidad, convertido en albergue.

He estado en Barriopalacio dos veces esta primavera de 2018. Pude contactar con vecinos de entonces que siguen viviendo en el pueblo. Me dio muy buena impresión. Casas arregladas, una bolera estupenda. Un lugar que conserva lo auténtico de los pueblos de Cantabria.

Hay poca población, pero a los que allí viven se los ve bien organizados, y entusiasmados con ser “un pueblo de leyendas”. Porque hace unos años crearon la fiesta de la mitología, hoy de interés turístico regional. Todo un éxito.

Me destinaron a Barriopalacio el curso 83-84, otra escuela unitaria con su vivienda. Tenía poquitos alumnos, hicimos una vida tranquila y sencilla en el pueblo. La casa estaba bien. Aunque recuerdo, como curiosidad, la poca presión del agua, que nos obligó a comprar un calentador a gas especial. Tampoco se veía la televisión. Era la época de las concentraciones escolares. Muchas escuelas desaparecieron. Se llevaron a los niños de muchos pueblos a los colegios grandes. Era el principio del fin de las pequeñas escuelas rurales. Creo que fui el último maestro de esta escuela. En mi viaje de ahora, comprobé que el edificio escolar está muy arreglado; tanto la vivienda como la escuela conforman hoy un local municipal.



Fotos 14 y 15: La escuela de Barriopalacio en 1984 y ahora



Fotos 16 y 17: Las escuelas de San Pedro del Romeral en 1980 y en hoy en día

Siempre es agradable volver a la zona pasiega. San Pedro del Romeral es una villa de esa zona, cercana al puerto del Escudo. El paisaje es característico, muy humanizado: los prados, las cabañas, las tapias de piedra. He visto el pueblo bastante cambiado. Construyeron un colegio en una zona no adecuada. Lo visité. Hay poco alumnado. Las antiguas escuelas están restauradas y la plaza tiene un aire muy actual. Han construido bastantes de casas y tiene un aspecto de modernidad, pero sin olvidar la tradición. Quizá fuera el maravilloso día que me coincidió, pero la zona me dio muy buena impresión.

Estuve destinado en San Pedro del Romeral en 1980. Tuve que hacer una sustitución. La escuela, en el centro del pueblo, era graduada. Había maestro, con los alumnos mayores, y maestra, con los pequeños. Era un mundo intensamente rural. Fue una bonita experiencia, incluso cuando cayó una gran nevada el 15 de abril de aquel año.

A Cazoña (barrio de Santander) no tengo que volver, ya que vivo allí desde hace algún tiempo. Ha cambiado poco; solo que ahora están el que llamamos parque de la vaca, la bolera y un nuevo centro cívico, entre otras cosas.

Estuve en el Colegio Gerardo Diego mi último curso de propietario provisional, el 90-91. En aquella época, era un centro de triple línea, demasiado grande para mí, acostumbrado al mundo rural. Los años siguientes fue perdiendo alumnado y profesorado. Y hoy en día están intentando remontar de nuevo.

También estuve en Astillero, haciendo una sustitución a principios del curso 80-81. Fue una bonita experiencia con los párvulos, aunque la situación del aula no fuera la más adecuada.

Astillero hoy en día ha evolucionado positivamente. Mucha gente se ha trasladado a vivir allí pues ofrece todos los servicios, buenas comunicaciones y una adecuada calidad de vida.

El curso 87-88 nos trasladamos a vivir al municipio de Saro, en la zona del Pisueña. Era un lugar conocido, pues tenemos parientes en el cercano pueblo de Vega. Estuvimos viviendo en la misma casa tres años. El primer destino en esta zona fue Coterillo, una pequeña aldea que tenía la escuela en una construcción muy simple, casi una cabaña, pegada a una ermita. Durante ese curso, arreglaron la escuela y conseguí que hicieran el servicio fuera del aula; incluso les sugerí el diseño para no desentonar con la construcción. Debo agradecer también la atención prestada por el inspector, Juan González Ruiz. Fue un curso un tanto accidentado por coincidir con la gran huelga de la enseñanza. Realmente sentí mucho faltar algunos días a clase, pues varios alumnos de la escuela se desplazaban diariamente andando por caminos, tardando en llegar más de una hora. Todavía recuerdo que venían con las katiuskas, el olor a humo de los cuadernos... Vivían en casas muy dispersas. El gran cambio llegó con la electrificación rural. Hoy la zona prácticamente se mantiene igual, aunque han construido cantidad de pistas. El edificio de la escuela permanece, aunque sin uso y en buen estado.

Era la época de la experimentación de la Reforma. También de la Educación Compensatoria. Las escuelas unitarias ya no estaban tan solas, recibíamos apoyo tanto de material como de algunos compañeros. Era el comienzo de lo que luego sería el actual CRA (Colegio Rural Agrupado) del Pisueña.



Fotos 18 y 19: La escuela de Coterillo en 1988 y el aspecto actual del edificio

Los dos cursos siguientes estuve destinado en la escuela unitaria de Llerana. También aquí me tocaron obras. Recuerdo que un día recibimos la visita del director provincial de Educación, que venía acompañado del inspector jefe y del inspector de zona. Quizá fuera esta época la más feliz de mi trayectoria docente. Tres años seguidos en la misma casa, un pueblo, un paisaje que conocíamos y nos gustaba, una relación buena, correcta con los compañeros; nos reuníamos en Villacarriedo. Me hubiera encantado ser definitivo en la zona del Pisueña. Hoy el pueblo está bastante arreglado. El edificio escolar sigue siendo, como entonces, ayuntamiento en la parte inferior; y la superior, que era la escuela, está ocupada ahora por una asociación de mujeres.

Y, por fin, mi último destino. En una zona de Peñacastillo, Santander, que antes era marisma, decidieron construir nuevos barrios... y un nuevo colegio. En el año 1999 presenté mi solicitud para formar parte del equipo directivo que se tenía que nombrar, ya que tenía la acreditación correspondiente. Y pasé a formar parte de ese equipo, siendo secretario durante seis cursos. Fue muy ilusionante la experiencia de poner en marcha el colegio, que se llamó durante los primeros años CP La Reyerta. Era pequeño, de una línea. Poco tiempo después hubo que duplicarlo, pues estos barrios han crecido mucho y venían a vivir muchas familias jóvenes. El colegio se llama ahora CEIP Elena Quiroga.

Mi aportación al mismo creo que ha sido muy positiva. Tanto los seis años de secretario como los once de tutor desempeñé mis tareas con ilusión, agrado e interés. Siempre me gustó la enseñanza y, además, he colaborado creando un jardín donde antes no había prácticamente nada, con la plantación de árboles, arbustos, flores... Y una tarea que siempre realicé con entusiasmo fue, en cierta medida, coordinar y fomentar las excursiones, los viajes: actividades diseñadas con sentido. De entre ellas, destacar una actividad que me resultaba muy grata hacer con mis alumnos del Tercer Ciclo, la estancia de una semana en el Centro de Educación Ambiental de Polientes (Valderredible).



Fotos 20 y 21: El colegio de La Reyerta en 2001 y ahora, que se llama CEIP Elena Quiroga.

En 2016, llegó la hora de parar y descansar de todo este recorrido profesional... y vital.

Pero seguiré recorriendo diferentes caminos, lugares, paisajes con espíritu de descubrimiento, porque la vida es un viaje y navegar es vivir.